

DE CALAMARES Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Luis Barrón

Pedro L. San Miguel, *La guerra silenciosa. Las luchas sociales en la ruralia dominicana*, México, Instituto Mora, 2004, 234 pp.

En alguna ocasión tuve la fortuna de ver un programa, en el ya muy conocido *Discovery Channel*, sobre los calamares gigantes que habitan, según se cree, en las profundidades del mar. El programa me pareció muy interesante precisamente porque el punto central era que nadie nunca ha visto a uno de estos maravillosos animales vivo. Sabemos de su existencia gracias a que, en muy contadas ocasiones, se les ha hallado muertos en alguna playa o en el estómago de las ballenas que, al parecer, también descienden a profundidades fantásticas para calmar sus antojos.

Básicamente, lo que hacen los científicos que se han dedicado a estudiar a estos animales es tratar de reconstruir la vida de los calamares analizando sus cadáveres. Es decir, dado que no tienen acceso directo a los animales vivos, suponen, a partir de sus cadáveres —y de los hábitos de las ballenas que se los comen—, cómo viven, de qué se alimentan, cómo y cuándo se reproducen, de qué tamaño es su población y por qué razones en ocasiones mueren y aparecen en las playas cuando el mar los expulsa de las profundidades. De hecho, todavía sabemos poco acerca de ellos, e incluso se desconoce todavía en dónde y cómo buscarlos para corroborar lo que apenas es teoría.

En algunos aspectos, algo similar ha pasado con quienes estudian los movimientos sociales. A diferencia de lo que pasa con los calamares, los científicos sociales han podido estudiar cientos de movimientos sociales y, de hecho, han podido ser testigos de ellos; pero tratándose de luchas sociales que tuvieron lugar en el pasado, los científicos sociales enfrentan el mismo problema que los biólogos con los calamares: simplemente no han podido más que hacer conjeturas para contestar a muchas de las preguntas que resurgen cada vez que estalla la violencia social. ¿Por qué ocurren estos levantamientos? ¿Qué motiva a quienes deciden participar en ellos? ¿Cómo hacen sentido de las relaciones sociales, la hegemonía o la dominación quienes deciden levantarse en armas o movilizarse para protestar o resistir dichas relaciones? ¿Acaso este tipo de protesta o resistencia sólo es manifiesta cuando estalla la violencia? En pocas palabras, es sólo a través del registro histórico (¿los cadáveres?) que los científicos sociales, y muy particularmente los historiadores, se pueden acercar a su objeto de estudio cuando se habla de las luchas sociales del pasado.

Pedro L. San Miguel ha escrito un magnífico, bien escrito y muy bien informado libro sobre las luchas sociales en el campo dominicano, en donde explora muchas de estas preguntas y trata de explicar la participación de los campesinos en la construcción del Estado y de la nación en República Dominicana. En un poco más de 200 páginas, San Miguel hace un análisis concienzudo y bien documentado de la participación de los

campesinos en la lucha por la tierra –desde muy temprano en el siglo XIX hasta el ocaso del XX– para, entre otras cosas, explorar “las complejas maneras en que interactúan las clases subalternas, los sectores hegemónicos y el poder estatal” y explicar “cómo las grandes masas de República Dominicana –y, por extensión, del Caribe– han contribuido con sus luchas y sus resistencias a la configuración de la sociedad y de las estructuras de poder” (p. 12).

Uno de los objetivos de San Miguel –y quizá el que logra mejor y más lúcidamente– es reescribir la historia social de República Dominicana para que los campesinos no sean sólo un objeto de estudio, sino también el sujeto del estudio en sí mismo: si bien hasta hace poco la historia social (y también la política, por qué no) de República Dominicana se había escrito asumiendo que el campesinado no había contribuido en nada a la configuración de la sociedad y de las relaciones de poder, San Miguel aboga por reconocer el papel activo –pero más importante, el papel autónomo– que los campesinos han jugado en la construcción del Estado y de la nación.¹ Como ya se ha demostrado para muchos otros lugares y movimientos sociales de América Latina, los campesinos dominicanos no han sido sólo un pedazo de madera que la marea (ya sea la historia o las clases dominantes) mueve de un lugar a otro

sin que ésta oponga mayor resistencia. Más bien, argumenta San Miguel, los campesinos han sido una parte activa de las fuerzas que *provocan* la marea. En pocas palabras, la noción de que se puede escribir “una historia sin campesinos” parece ya completamente superada.

Sin embargo, como bien apunta San Miguel, “el estudio de la subalternidad, a no dudarlo, se ha puesto de moda” (p. 203), lo que ha implicado dos cosas: una ha sido, simplemente, hacer una historia, como ya dije, en donde los campesinos –en este caso– sean el sujeto del estudio; pero el proyecto de “restaurar las voces de las clases subalternas” –conocido como “nueva historia cultural”– pretende también “restaurar” su voz, “rescatarla” del registro histórico para empezar a contestar, por ejemplo, cómo hacen sentido esas clases de las relaciones de poder cuando se forma el Estado; por qué se resisten a esas relaciones; qué objetivos tienen al resistirse; cuáles son las estrategias específicas de la resistencia; cómo se apropian del mismo discurso estatal para disputar la legitimidad del Estado y cómo negocian el establecimiento de un distinto orden hegemónico una vez que deciden abandonar la resistencia abierta y regresar a su vida diaria, sin que esto quiera decir que abandonen la resistencia del todo. Este proyecto, por supuesto, plantea muchos problemas –tanto teóricos como empíricos– que pocos trabajos han podido superar.

A pesar de que Pedro San Miguel demuestra que conoce bien el debate teórico que ha suscitado este proyecto, *La guerra si-*

¹ Vale mucho la pena revisar la bibliografía de *La guerra silenciosa*, pues San Miguel reúne ahí lo más destacado de la literatura secundaria sobre el tema, sobre todo lo que se ha escrito recientemente con este nuevo enfoque.

lenciosa no alcanza a contestar cómo se pueden resolver teóricamente los problemas que plantea el no poder estudiar directamente el objeto de estudio –tal y como les sucede a quienes tratan de estudiar a los calamares gigantes. Ciertamente, ése no es uno de los objetivos del libro, pues queda bien claro desde el principio que no se trata de hacer una contribución teórica. Pero, sin abordar esa cuestión, los problemas empíricos que de ella se derivan saltan inmediatamente a la vista.

Si bien quienes estudian a los calamares parten de un supuesto que parece a todas luces razonable –que todos los calamares gigantes son iguales-, los científicos sociales no pueden suponer, razonablemente, lo mismo. Es decir, no se puede partir del supuesto de que todos los movimientos sociales son iguales. Por eso, aunque los científicos sociales –ya sean sociólogos, antropólogos, politólogos o historiadores– hayan podido ser testigos de movimientos sociales hoy, eso no implica que las conclusiones a las que puedan llegar acerca de ellos se puedan hacer extensivas a los movimientos sociales del pasado, y es precisamente de ahí que surge un problema teórico muy importante: ¿cómo, entonces, podemos estudiar esos movimientos del pasado? Parecería que la respuesta es bastante simple, pues recurriendo a los archivos y a otras fuentes escritas –y muchas veces a otro tipo de fuentes, como la historia oral, la pintura, la escultura y todo lo que nos pueda decir la arqueología, por ejemplo– podemos tener acceso a la información necesaria para estudiar el pasado. Pero si es a los

subalternos a quienes se pretende estudiar y, sobre todo, *escuchar*, y dado que casi por definición son ellos los que menos rastro dejan en los registros, ¿cómo acercarse a ellos? Es de aquí de donde se desprende un problema empírico muy importante: si se quiere “restaurar” las voces de los subalternos, el acceso a las fuentes apropiadas es indispensable para poder hacerlo.

A lo largo de *La guerra silenciosa* son pocas las veces que se “escuchan” las voces de los subalternos. Desgraciadamente, San Miguel sólo recurre a fuentes secundarias para describir y hacer sentido de los movimientos sociales del pasado en República Dominicana, y conforme se va acercando al presente recurre en demasía a las fuentes hemerográficas –que también tienen el problema de ser un registro generado, en su mayoría, por las élites, con los sesgos de las élites, y con los intereses de las élites. Eso no quiere decir que el libro carezca por completo de pasajes sumamente interesantes, en los que podemos escuchar las razones por las que, en algunas ocasiones, los campesinos dominicanos se resistieron a cierto tipo de dominación: “El lenguaje –nos dice San Miguel– fue uno de los instrumentos usados por los campesinos para evadir los peligros y las trampas de las redes del poder”, y cuenta la siguiente anécdota:

Brunilda Durán narra cómo su padre, Manuel Durán ... se pudo librar de una oferta que le hizo Ramfis Trujillo, hijo del tirano, de mudarse con su familia a San Cristóbal. Siendo los Durán ‘de raza muy definida’

–esto es, blancos–, con tal mudanza se pretendía ‘mejorar la raza que predominaba en San Cristóbal’, municipio sureño en el que abunda ‘la raza de color’. Pero el patriarca de la familia Durán tenía reservas sobre los motivos de esa oferta, sobre todo debido a que tenía varias hijas guapas y los Trujillo se habían ganado la fama de estupradores ... [Por ello] se acordó enviar a la presidencia del país al hijo mayor de la familia ... que debía [comunicar] que Manuel Durán ‘se negaba a su proposición [...] que él a lo mejor podría complacerlo, pero que sus hijas hembras (sic) se negaban a trasladarse allá’. Obedezco pero no cumplo, era el mensaje velado ... ‘Manuel Durán no le es[tá] diciendo nada [a Ramfis] y le estaba diciendo mucho.

En fin. *La guerra silenciosa* es un libro ameno, bien escrito, en el que uno definitivamente encuentra una explicación que hace mucho sentido sobre la participación de los campesinos en la construcción del Estado y la nación –con todo lo que eso implica en términos de dominación y hegemonía– en República Dominicana. Sin embargo, uno se queda con la impresión, al igual que después de ver el programa sobre los calamares gigantes, que hay mucho más detrás de esa explicación; que no se alcanza a ver al animal vivo, al movimiento social directamente. Igual que los biólogos tendrán que seguir esperando para poder ver a los calamares en acción, los científicos sociales tendremos que seguir esperando a que se encuentren las fuentes adecuadas y la metodología correcta para poder “restaurar” la voz de las clases subalternas. 

UNA PERSPECTIVA APOLÍTICA

Elisabeth Couteau

Irène Semenoff – Tian – Chansky, *Printemps de la foi en Russie. Les chrétiens de Gorbatchev à Poutine*, Versailles, Éditions Saint Paul, 2000, 294 + cuaderno de fotos.

Con todo y 70 años de comunismo y de persecuciones, la Iglesia rusa manifiesta un gran dinamismo. ¿Cómo contestan los sacerdotes y las comunidades monásticas a la demanda de los creyentes? ¿Cómo se desarrolla la acción caritativa? ¿Existe el diálogo ecuménico? ¿Cuáles son las características de la primavera eclesial rusa desde la perestroika? Irène Semenoff, miembro de la Iglesia Ortodoxa de Rusia, no da una información exhaustiva, pero trata de entender cómo viven los cristianos y, al viajar en el país, recoge testimonios entre 1977 y 1999. Su trabajo se sitúa en una perspectiva apolítica.

La IOR, con 19,000 parroquias a fines del siglo XX, ha recuperado un lugar eminente en la sociedad después de la liberalización religiosa. 55 por ciento de los rusos se consideran miembros de esa iglesia. Hoy ese fenómeno es relativizado y la institución criticada, y Occidente aparece como el enemigo. Animada por la búsqueda de un unanimismo casi absoluto, la IOR sufre de oscurantismo y corrupción, y Rusia parece conocer un proceso irreversible de secularización; sin embargo, si las conversiones son menos numerosas, se observa un aumento sostenido de creyentes.

Antes de 1917 la Iglesia manifestaba ciertas debilidades, con una religión más bien ri-

tual, y la mayoría de los intelectuales abandonaban la ortodoxia; cuando empieza a reaccionar, a la hora de la revolución de 1917, y abre en agosto un gran concilio, no tiene el tiempo necesario: desde el primer día los bolcheviques se dan a la tarea de destruir la ortodoxia y propagar el ateísmo. La primera ola de represión se traduce en 20,000 ejecuciones entre 1918 y 1920; entre 1937 y 1938 hay 200,000 arrestos y 100,000 ejecuciones. En 1943, Stalin permite un mini concilio y ordena el nombramiento de un patriarca (el patriarcado, suprimido por Pedro el Grande, había sido restaurado en 1917, pero estaba vacante desde hacía muchos años). La última ola de persecución, bajo el mando de Jrsushchov, empieza en 1959 y dura hasta la perestroika.

Sin embargo, esa política fracasó. El despertar religioso durante la segunda guerra mundial manifiesta la presencia de la fe y los mártires le dan una fuerza renovada. Hoy se puede hablar de un verdadero empuje misionero y las publicaciones ortodoxas son abundantes, pero sólo una minoría entre los bautizados practica. Gran parte de los oficios, celebrados en eslavón antiguo, es hermética para la mayoría. La institución sigue siendo muy jerarquizada, pero el monaquismo conserva toda su importancia. La familia cristiana se considera como una “pequeña iglesia” y el matrimonio retoma un gran sentido espiritual, como “aprendizaje del amor sacrificial”. Los laicos son muy activos en parroquias que son verdaderas comunidades, y las hermandades, fundadas en el siglo XII para defender la ortodoxia, renacen desde 1988.

País multirreligioso, Rusia no se distingue por el ecumenismo. Un acercamiento teológico a los católicos y a los protestantes parece utópico, ya que se cree que la plenitud de la verdad se encuentra en la ortodoxia; sin embargo, el patriarca lucha contra el antisemitismo, herencia del pasado. Para la IOR, las otras religiones representan un reto, y acepta el judaísmo, el islam y el budismo, “religiones históricamente presentes en Rusia”, si bien le disgusta mucho la presencia de católicos, protestantes, mormones, testigos de Jehová, etcétera.

Todas las sensibilidades políticas se encuentran en la IOR, en el clero, el episcopado, entre los laicos, pero la ortodoxia sirve de ideología a los monarquistas y a los nacionalistas. El patriarcado intenta tomar posiciones moderadas y colabora cada día más con el Estado. Insiste en el hecho de que la vocación singular de Rusia es cristiana. Este libro profundo está escrito con sinceridad y simplicidad para un gran público. Cuenta con bibliografía y una cronología. 

AVES DE PASO Y DE REPOSO

Catherine Withol de Wenden (*Esprit*)

Anne de Tinguy, *La grande migration. La Russie et les Russes depuis l'ouverture du rideau du fer*, París, Plon, 2004, 543 p.

Fruto de varios años de observación, encuestas, investigación en condiciones a veces difíciles, este libro trata de las migraciones

en el mundo ruso y ex soviético durante los últimos 15 años. Migraciones definitivas, como las étnicas, otras cotidianas para los trabajadores fronterizos o estacionales para los trabajadores “golondrinas” que salen de Rusia por unos días, unas semanas, unos meses. Empieza con una presentación de la política soviética y pos soviética en esa materia. Este libro gordo es indispensable para todos los que se interesan en las migraciones entre Rusia y sus vecinos. La “gran migración” es “el conjunto de todos los movimientos, tan ricos como heterogéneos, que se han desarrollado desde el final de la Cortina de Acero y la desintegración de la URSS (...) el proceso está en marcha y es muy probable que apenas esté empezando”.

Todo empieza en 1989, cuando se abren las fronteras y los habitantes descubren la posibilidad de moverse, lo que era un privilegio reservado a una ínfima minoría política o científica, o una empresa peligrosa para los que habían decidido votar con los pies, es decir, huir. La URSS de Gorbachov recurre al miedo europeo a un gran éxodo hacia Occidente para intentar conseguir ayuda económica: en 1991 anuncia de 8 a 30 millones de migrantes...

La primera migración es “pendular”, se trata de gente que sale y regresa pronto; llamadas “chelnoki”, esas personas cambian su trabajo mal pagado por el comercio-hormiga. Con una maleta van a Polonia, la República Checa, Hungría, Turquía o China para comprar y vender. La segunda es la de los “golondrinos”, que trabajan unos meses, en la pizca agrícola, por ejemplo, en Europa occidental.

La tercera y principal es la étnica: 1,400,000 judíos rusos y ucranianos se fueron a Israel entre 1990 y 2000; dos millones de germano-soviéticos se fueron a Alemania. La “fuga de cerebros”, permanente o temporal, se dirige hacia Estados Unidos: hubo 646,000 solicitudes de visa entre 1989 y 2002. Finalmente, está el regreso de los deportados a sus países de origen: Polonia, Finlandia, Grecia, los países bálticos...

En sentido inverso, rusos y ucranianos regresan a la patria; los llaman “repatriados” y salen de las ex repúblicas soviéticas no rusas, en una forma de descolonización tardía. Diez millones de rusos y asimilados volvieron a Rusia hasta 2002, de los cuales más de dos millones eran de Kazajstán y 1.2 del Cáucaso y de los países bálticos. Esos migrantes forzados y refugiados se descubren extranjeros en Rusia, si bien pueden adquirir la nacionalidad rusa. Los que permanecieron en las nuevas repúblicas independientes pasan de ser una minoría privilegiada a ser una minoría etnolingüística ordinaria, a veces desfavorecida y expuesta a una “descolonización” cercana a la limpieza étnica. En Asia central todavía hay diez millones de rusos: seis millones en Kazajstán, aunque eran más de ocho millones en 1990. Esos países tienen como meta lógica la construcción de su nación sobre criterios étnicos y lingüísticos. Los rusos que se quedaron sufren de un sentimiento de abandono: “No abandonamos a Rusia; Rusia nos abandonó.”

Finalmente, existe una inmigración clandestina, facilitada por la disminución demográfica de Rusia, que proviene de Afganis-

tán, Irak, Somalia, China, África, el Medio Oriente. El gobierno sabe que necesita inmigrantes, pero no se ha decidido a la apertura de fronteras. El mejor ejemplo es la supuesta “invasión china”: 600,000 trabajadores temporales, “braceros” contratados para la construcción, la agricultura, la pesca, las maquiladoras, el comercio fronterizo, todo eso en la Siberia inmensa y vacía, afectada por el despoblamiento.

El libro es una suma que se lee con gusto gracias a un estilo muy claro. La precisión de las fuentes casa bien con una mezcla de historias de vida, de observaciones personales que animan los análisis geopolíticos muy sesudos. Termina con el desfase existente entre la realidad del flujo migratorio y la incapacidad de Rusia para reconocerse como tierra de inmigración, conclusión que también puede aplicarse a Europa. ❧

BIEN COMÚN, BUEN GOBIERNO

Annick Lempèriere, *Entre Dieu et le roi, la république. Mexico, xvie-xixe siècle*, París, Les Belles lettres, 2004, 384 pp.

Mientras llegue la reseña prometida, *Istor* recomienda la lectura de este buen libro. ¿Cómo fundar nuevas comunidades políticas en el Nuevo Mundo, después de las brutalidades y las destrucciones ocasionadas por la conquista española? Las formas de asociación corporativa inventadas por la Europa medieval ofrecen un marco jurídico y religio-

so capaz de integrar colonizados y colonizadores en la monarquía católica. Capital de la Nueva España, la ciudad de México ve florecer durante más de tres siglos ese corporativismo dinámico.

Multiétnica e incorporada, la ciudad adopta y encarna los paradigmas de la república cristiana, muy lejos del modelo del Estado moderno tal como se construye en Europa. Bien común y buen gobierno, servicio de Dios, del público y del rey: tales son los términos clave de la cultura política, que se concretizan en bienes colectivos y servicios públicos, lazos de reciprocidad nutridos por el don y su contra-don.

¿Es reformable la república cristiana? En el siglo XVIII, la monarquía española emprende su modernización y da al cuerpo político finalidades más secularizadas: utilidad terrestre, gobierno económico, felicidad pública, propagación de las Luces. Algunas corporaciones demuestran entonces una singular capacidad de adaptación, pero en detrimento de los principios del bien común y de la unidad del cuerpo político. En vísperas de la independencia, a principios del siglo XIX, la organización corporativa, aunque modernizada, se revela mal preparada para enfrentar los retos de la formación del Estado-nación moderno.

Annick Lempèriere tiene la cátedra en Historia de América Latina en la Universidad de París I; ha publicado *Les clercs de la nation. Intellectuels, Etat et société civile au Mexique. XIXe siècle* y ha dirigido, con François-Xavier Guerra (Q.E.P.D.), *Espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas*. ❧